

su enemigo principal en su propio país: en la persona de sus opresores — explotadores inmediatos. Tal enemigo para la India es, en primer lugar, la burguesía británica. El derrumbamiento del imperialismo británico significaría un golpe terrible para todos los opresores, inclusive los dictadores fascistas. A fin de cuentas los imperialismos se distinguen uno del otro por su forma, no por su esencia. El imperialismo alemán, despojado de colonias, se cubre con la máscara terrorífica del fascismo, de la que sobresalen sus colmillos. El saciado imperialismo británico, que tiene muchas colonias, cubre sus colmillos con la máscara de la democracia. Pero ésta, no es sino una democracia para la metrópoli, o sea 45 millones de almas, y más exactamente, para la burguesía gobernante de la metrópoli. La India es despojada no solamente de la democracia sino también de los derechos más elementales de la existencia nacional. La democracia imperialista es, en consecuencia, una democracia de los esclavistas que se alimenta con la savia de las colonias. Entre tanto, la India quiere tener su propia democracia en lugar de nutrir a los esclavistas.

Quien quiera acabar con el fascismo, con la reacción, con cualquier forma de opresión tiene que derrumbar el imperialismo. No hay otro camino. Esta tarea no puede solucionarse por medios pacíficos; negociaciones y exhortaciones. Ja-

más en la historia los esclavistas liberaron por su voluntad a los esclavos.

Sólo una lucha audaz y decisiva del pueblo hindú por su liberación económica y nacional puede liberarlo.

La burguesía hindú no es capaz de llevar a cabo una lucha revolucionaria. Está íntimamente ligada al capital británico y depende de él; tiene miedo por sus propiedades; tiene miedo a las masas, busca a cualquier precio un compromiso con el imperialismo británico y adormece al pueblo con las esperanzas de una reforma que provenga de arriba. El líder y profeta de esta burguesía es Gandhi. ¡El líder y profeta farsante! Gandhi y sus satélites desarrollaron la teoría de que la situación de la India va a mejorar; que sus libertades van a ensancharse; que por el camino de las reformas pacíficas la India alcanzará poco a poco la posición de dominio (como el Canadá y Australia) y después, la independencia absoluta. Toda esta perspectiva es falsa desde sus raíces. Las clases imperialistas pudieron hacer concesiones a los pueblos coloniales y a sus propios obreros en la medida que el capitalismo ascendía, en que los explotadores tenían firme esperanza en el crecimiento futuro de sus beneficios. Hoy en día, de esto no se puede hablar. El capitalismo mundial se encuentra en declive. La posición de todas las naciones imperialistas

se hace más difícil y las contradicciones entre ellos mismos se agudizan. Los tremendos armamentos absorben una parte muy grande de las rentas nacionales. Los imperialistas no pueden ya hacer serias concesiones a sus masas laboriosas ni a sus colonias, por lo contrario se ven forzados a recurrir a una explotación cada día más bárbara. Con esto se expresa la crisis mortal del capitalismo. Para alejar a Alemania, Italia y Japón de sus colonias, mercados y concesiones, el imperialismo británico está dispuesto a sacrificar millones de hombres. ¿Es posible que esta salvaje oligarquía financiera dé libertad a la India voluntariamente?

Claro que, en lugar del gobierno conservador, puede llegar al poder el llamado Partido Laborista. Pero esto nada cambia. En la cuestión colonial, el Partido Laborista, como lo prueba todo su pasado y su programa actual, no se diferencia en nada de los conservadores. En realidad, el Partido Laborista no representa los intereses de la clase trabajadora sino los intereses de la burocracia obrera británica y los de las capas obreras aristócratas. Son estas capas a las que la burguesía puede hacer regalos gracias a la circunstancia de que ella misma explota sin piedad a las colonias, principalmente a la India. La burocracia obrera británica en el Partido Laborista y en los sindicatos está directamente interesada en la explotación de las

colonias. Ni siquiera sueña en la liberación de la India. Todos esos señores Attlee, Citrine y Cía., e el momento oportuno, están dispuestos a calificar el movimiento revolucionario hindú de "traición", d ayuda a Hitler y Mussolini y dispuestos a ayudar a las medidas militares para su aplastamiento.

La política de la actual Comintern no es nada mejor. Es verdad que hace veinte años la Tercera Internacional Comunista fué fundada como una organización verdaderamente revolucionaria. Una de sus tareas más importantes era la liberación de los pueblos coloniales. De este programa queda hoy sólo la memoria. Los líderes de la Internacional Comunista se convirtieron desde hace tiempo en simples instrumentos de la burocracia moscovita que estranguló a las masas laboriosas soviéticas y se transformó en una nueva aristocracia. En las filas de los partidos comunistas de varios países, inclusive la India, existen evidentemente muchos obreros, estudiantes, etc., honrados; pero no son ellos los que dirigen la política de la Comintern. Las decisiones se hacen en el Kremlin, el cual representa los intereses no de los oprimidos sino los de la nueva aristocracia.

Stalin y su pandilla, con el fin de construir una alianza con los países imperialistas, desertaron completamente de su programa por la liberación de los países coloniales. Esto lo reconoció abiertamente en